



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

PERDONAR LO IMPERDONABLE

CRÓNICAS DE UNA PAZ POSIBLE

CLAUDIA PALACIOS



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Imagen de cubierta: Shutterstock

© Claudia Palacios, 2015
© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2016
Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5530-3
ISBN 10: 958-42-5530-4

Primera impresión: octubre de 2016
Segunda impresión: enero de 2017
Tercera impresión: junio de 2018
Cuarta impresión: enero de 2019
Quinta impresión: agosto de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

CLAUDIA PALACIOS (BIOGRAFÍA)

Periodista y presentadora en W Radio y CM& 7 p.m. Fue presentadora y reportera de CNN en Español durante diez años y del Canal Caracol por seis años. Autora del libro *¿Te vas o te quedas? Historias para leer antes de cruzar la frontera* (Planeta, 2013). En 2014 recibió el Premio de Periodismo Simón Bolívar a la mejor entrevista en radio con el tema perdón y reconciliación. Premio 2009 a mejor periodista de América de la Asociación de Cámaras de Comercio de América Latina. Premio Celsam 2004 en televisión por su trabajo sobre salud reproductiva. Es, además, panelista, moderadora y conferencista para diferentes medios e instituciones. Se graduó como periodista de la Universidad Javeriana de Bogotá.

Dedico este, mi segundo libro, a los colombianos que han sido víctimas y que han sacrificado verdad, justicia y reparación, en pro de tener garantías de no repetición. Gracias porque así han detenido los ciclos de venganza, y han contribuido al bienestar de miles de compatriotas, a costa de renunciar a sus legítimos derechos.

También van estas páginas para los que fueron victimarios y hoy llevan vidas ejemplares. Gracias por aprovechar la segunda oportunidad, y así procurar que los incrédulos recuperen esperanza.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
CAPÍTULO 1: Enemigos en el conflicto, amigos en el posconflicto.....	23
CAPÍTULO 2: La delgada línea entre ser víctima y volverse victimario.....	56
CAPÍTULO 3: El amor no sabe de bandos opuestos	86
CAPÍTULO 4: ¿Cárcel o segunda oportunidad?.....	100
CAPÍTULO 5: Héroes del monte y de la vida...	137
CAPÍTULO 6: El presente de los casos que fueron noticia.....	145

CAPÍTULO 7: Mujer, superar el dolor sin desear venganza.....	236
CAPÍTULO 8: Experiencias de la Ley de Justicia y Paz, primer experimento de justicia transicional en Colombia.....	261
CAPÍTULO 9: Perdonar, una cuestión de método y acompañamiento.....	296
CAPÍTULO 10: Lecciones de nuestros procesos de paz, frustrados y exitosos, contadas por sus protagonistas	320
AGRADECIMIENTOS.....	453

Capítulo 1

ENEMIGOS EN EL CONFLICTO, AMIGOS EN EL POSCONFLICTO

Perdóneme, lo secuestré, pero no me eche que necesito el trabajo

Lucho llevaba un año trabajando en el restaurante de César cuando se atrevió a contarle la verdad: “Don César, yo estaba en el Frente Tercero cuando usted estuvo secuestrado por ese frente. Yo sé todos los horrores que vivió, sé que desde San Vicente del Caguán dieron la orden de matarlo. Yo ya me desmovilicé, por favor perdóneme, por favor no me eche que necesito el trabajo”.

“Para mí fue como un baldado de agua fría”, dice César. “Durante mucho tiempo después del secuestro, yo quería matar a los guerrilleros. Lucho me venía pidiendo permisos para faltar todos los sábados, que para ir a estudiar. Cuando me vio como desconfiando fue que me contó la verdad, los sábados eran sus clases en la Agencia Colombiana para la Reintegración. Yo tenía mucho dolor en el

alma, no le quería dar la oportunidad, le dije que lo iba a pensar. Es que yo trabajo desde que tenía catorce años, soy del Valle del Cauca y de allá me vine al Caquetá a estudiar Contaduría Pública en la Universidad de la Amazonía, empecé a hacer empresa, llegué a tener doscientos setenta y cinco empleados, y diez negocios. Pagaba vacuna a las Farc desde el año 78. Uno como empresario aprende a vivir con eso. Pero en el 98 me pidieron quince millones, yo no los tenía, les di cinco. Por esos días también me pidieron que les transportara unos heridos pero yo les dije que no hacía parte de su grupo, que yo trabajaba en mis negocios para darles de comer a ellos. Parece que eso los enojó porque a los días llegaron a mi casa tres hombres armados que nos sacaron a mi esposa y a mí, y nos montaron a una camioneta sin darnos tiempo de nada. Ahí empezó la gran caminata. A mí me llevaron hasta el Tolima, caminando de seis de la tarde a seis de la mañana. Nos tuvieron solo tres días juntos, al cuarto despacharon a Claudia, mi esposa, para que consiguiera mil millones de pesos, no les importó que les dijéramos que no teníamos esa plata. Cada que Claudia iba a Los Pozos, Caquetá —la capital de la zona de despeje que Pastrana les dio a las Farc—, para negociar mi liberación con Samuel —el comandante del frente que me tenía secuestrado—, él le daba vueltas a una pistola, le decía que si no pagaba me iba a mandar descuartizado y empacado en bolsas de polietileno”.

Claudia, la esposa de César, aparece con sus hijos en medio de la conversación y tímidamente va agregando detalles. “Al principio yo lloraba cuando alias ‘Samuel’ me decía eso, pero un día me harté y le dije que era un bruto que

se creía muy macho porque tenía una pistola. Ese día dejó de maltratarme emocionalmente. A pesar de lo que estábamos viviendo pasaban cosas que hoy nos hacen reír. Una vez que yo iba a entregar parte de la plata le pedí a alias ‘Samuel’ una prueba de supervivencia. Nos comunicaron por radio, con las frecuencias que usa la guerrilla, que oían todos los frentes de acá del Caquetá. César me decía que me amaba, que cuando saliera de allá me iba a meter una culiada la hijueputa. A mí me dio pena, pensaba que cómo podía decir eso en medio de esta tragedia. También me dijo que quería que tuviéramos otro hijo, una niña. En fin, cosas así. El hecho fue que yo no pude conseguir toda la plata, ya había vendido lo que podía, había pedido préstamos pero no completé lo que la guerrilla me pedía. Varias veces les dije que me dejaran a mí secuestrada y que soltaran a César porque a él de pronto le quedaba más fácil conseguir la plata que faltaba. El día que les llevé lo que reuní fui con mi papá. Él se quedó en el carro esperando y a mí me montaron en una mula. Cuando me recibieron el dinero me dijeron que yo me quedaba ahí secuestrada y que mi esposo había sido sacado de ese mismo lugar pero por un camino distinto al que yo entré. Me dio una crisis horrible”.

“Caminé ocho horas para salir al sitio donde estaría esperándome Claudia”, dice César. “De pronto, alias ‘Samuel’ me hizo arrodillar y me estuvo apuntando cuarenta cinco minutos en la cabeza con una pistola, de repente me dijo que me parara. Cuando llegué y vi solo a mi suegro y la guerrilla me dijo que se habían llevado a Claudia les pedí una pistola para pegarme un tiro. Samuel me dijo: “Tranquilo compañero, que usted consigue la platica que falta”.

César estuvo nueve meses secuestrado y Claudia uno. Perdieron casi todo. A los hijos de una unión anterior de César, que estudiaban en los mejores colegios en Bogotá y Cali, les dijeron que si querían seguir estudiando se fueran a Florencia, que allá al menos podían irse a la universidad a pie y podrían comer en el restaurante de la familia. “Lo más berraco es que a los dos meses de haber sacado a mi esposa del secuestro me llegó la DIAN a embargarme propiedades dizque porque debía el IVA, el Bienestar Familiar que porque no había pagado parafiscales, etc. Me preguntaba si no estaba siendo igual o más victimario conmigo el Estado de lo que lo fue la guerrilla. Pero hasta eso perdoné”.

Lucho decidió dejar la guerrilla diecisiete años después de entrar a las Farc, un día que no toleró más oír a su hijo de cuatro años decir que cuando fuera grande quería ser guerrillero. No quería que repitiera su historia. “Entré a las Farc cuanto tenía catorce años, pero desde que era pequeño la guerrilla llegaba a mi casa y me ponía a hacer mandados. A veces nos regalaban comida. Una vez me llevaron con ellos como siete meses y me trataron muy bien. Yo no había visto más del mundo, mi mamá salía a Florencia una vez al año. Siempre pensé que ser guerrillero era mi mejor opción... Yo me considero una víctima de la guerrilla. No tuve la oportunidad de conocer un carro, de montarme en una cicla, mi primer juguete fue una nueve milímetros. Aún así, cuando me desmovilicé venía dispuesto a pagar cárcel porque aunque yo hice más que todo labores de logística, también me tocó coger a varias de las personas con las que yo crecí, y claro, eso es duro, pero yo tenía que cumplir órdenes. Cuando me dijeron que no tenía que pagar

cárcel me sentí muy feliz y me dije que tenía que aprovechar esta oportunidad”.

Para poder volver a levantar el único negocio que le quedaba, el restaurante, César aprendió a cantar, así esperaba atraer más público. Él mismo atendía y hacía los oficios. Solo uno de sus amigos comerciantes lo apoyó, le puso a disposición su negocio para que se abasteciera hasta que pudiera estabilizarse, y no le cobró una deuda, los demás desaparecieron. Un día le llegó una carta del Departamento de Quejas y Reclamos de la Columna Teófilo Forero: “¡Qué tal!, era porque no le había pagado las prestaciones a una muchacha que fue mesera del restaurante y resultó que esa muchacha era guerrillera. Cuando ella dijo que se iba le hice la cuenta de lo que debía pagarle, trescientos cuarenta y cinco mil pesos, le dije que no tenía plata pero que se llevara un enfriador que yo tenía ahí en el negocio y no se lo quiso llevar. Cuando fui a Los Pozos, en San Vicente del Caguán, por la citación que llegó, eso funcionaba tal cual como una oficina de quejas y reclamos, por turnos. Me dijeron que consiguiera cinco millones de pesos y que se iban a quedar con mi carro como prenda de garantía, o que si no me secuestraban. Me devolví en un bus, sin un peso, pero al menos libre. El carro se perdió, obviamente. Otro día llegaron unos paracos a pedir el carro prestado, que me lo devolvían a las ocho de la noche del día siguiente. Cuando fui por él lo estaban lavando, estaba lleno de sangre”.

Así era la cotidianidad de César y su familia, dicen que la Cruz Roja les ofreció sacarlos del país pero ellos prefirieron seguir luchando en Colombia. “Para César fue un poco

más fácil que para mí, yo tenía mucho miedo, sentía que todo el mundo quería hacernos daño, sobre todo después que me di cuenta que un compañero de la universidad me hacía inteligencia”, dice Claudia. “Después del secuestro nos metimos como en una cápsula, no hablábamos con nadie, no salíamos sino estrictamente a lo necesario”. Pero César, siempre tratando de encontrar el lado positivo de las cosas, recuerda una anécdota: “Un día llegó un señor al negocio, me preguntó si no me acordaba de él. A mí se me bajó todo. Me dijo que estuviera tranquilo, que solo había ido a decirme que me admiraba mucho porque yo tenía las güevas muy bien puestas, y a pedirme perdón. Me dijo que si no me hacía cavar mi tumba lo hacían matar a él. Terminamos abrazados, llorando. Yo le dije que lo perdono, pero ese día fue muy berraco. Me cuestioné si había hecho lo correcto, si debía mandarlo a matar, pero al final pensé que era mejor tener la conciencia tranquila. Él fue el guerrillero que me dijo que hiciera más grande el hueco que me mandaron a cavar un día, estando secuestrado, cuando me pasaron una pica y una pala. Me ordenaron abrir un hueco de mi estatura, yo me preguntaba por qué. Llevaba un rato en esas cuando él me dice que lo mejor es que me meta al hueco y me mida para que no fuera a quedar torcido porque en ese hueco me iban a enterrar a mí. Me puse a llorar y a orar en voz alta, y alcanzaba a oír que lloraban también varios de los que me estaban cuidando, incluido él. Otro día uno de los secuestradores, cuando lo iban a trasladar de campamento, me abrazó a escondidas. Él era el que le decía al comandante que me dejara ir a bañar al río para que yo cantara porque yo tenía bonita voz.

Así al menos pude bañarme una vez a la semana. Cosas como esas me hacían ver que había muestras de humanidad en ellos”.

Por eso cuando Lucho le confiesa a César su secreto, él no solo recuerda el dolor que vivió a causa de guerrilleros como Lucho. Piensa además que él, como muchos comerciantes, tiene su cuota de culpabilidad por no haber dado suficientes oportunidades a la gente. Desde su punto de vista, el Gobierno cobra demasiados impuestos que limitan al comerciante para hacer obras sociales. César pensó qué hacer con Lucho, lo consultó con su familia y decidió seguir trabajando con él. “Nos volvemos amigos, me vuelvo el abuelo de su hijo. Un día como a los siete años de estar trabajando juntos, me dice: ‘Don César, usted ya me ha dado mucho, ahora yo tengo que arrancar solo’. Eso me hace vivir muy admirado de él. Le dieron ocho millones de pesos de Capital Semilla y ahí va, saliendo adelante con un negocio de venta de huevos de codorniz. Yo quisiera ayudarle más y ayudar a otros desmovilizados pero no puedo porque los bancos no me prestan plata para poner a producir una finca de doscientas treinta hectáreas que tengo, en la que podría desarrollar cantidad de proyectos para apoyar a esta gente. Lo otro es que acá las cosas cuestan mucho si las hace el Gobierno. Le pongo un ejemplo: en la vía Florencia a Santo Domingo había ciento cincuenta derrumbes, ningún alcalde, ni gobernador, ni la misma guerrilla solucionaba eso, y cada rato se tapaba esa vía, con el perjuicio que eso tiene para la gente. Nos unimos cien campesinos y cincuenta desmovilizados, gestionamos algunos recursos que no pasaron de los trescientos millones de pesos, y en una

semana hicimos veinticuatro puentes colgantes, treinta y seis alcantarillas, cinco canaletas. Un trabajo por el que la guerrilla había calculado tres mil ochocientos millones de pesos, ponían cada alcantarilla a treinta y cinco millones y a nosotros no nos salió a más de millón ciento cincuenta mil pesos cada una. El día que terminamos los campesinos lloraban, soltamos la paloma de la paz”.

Le pregunto a Lucho si su hijo todavía quiere seguir siendo guerrillero, sonríe y dice con énfasis: “Nooo, quiere ser ingeniero de sistemas y ya va en séptimo en el colegio”. Lucho reconoce que hay desmovilizados que no aprovechan tan bien el programa de reintegración como él y dice que les recalca que deben tomar las riendas de su vida y no dejarse llevar por el abismo que otros les muestren. “Hay unos que vuelven a extorsionar, o que se meten en vicio, o se ponen a mendigar. Pero es que necesitan más apoyo, uno no puede dejar de ir a trabajar por estar yendo a los programas de la Agencia de Reconciliación a jugar a la gallina ciega y a pintar palitos. Esa es la terapia que hacían los psicólogos cuando yo iba”. Como varios exguerrilleros con los que he hablado, Lucho es uribista: “El Frente Tercero tenía cuatrocientos ochenta hombres, ahora quedarán veinticinco. Si a Uribe lo dejan cuatro años más se acaba la guerrilla. Si les dieran aún más oportunidades a los desmovilizados no se necesitaría todo ese whisky que se están tomando en La Habana”.

A los seis meses de haber salido del secuestro, Claudia quedó embarazada, y como César quería, nació una niña. La hija menor de César y Claudia no ha vivido las historias de dolor que sus otros hermanos vivieron en carne propia pero las ha oído cientos de veces narradas

por los miembros de su familia. Tampoco ha tenido las comodidades económicas que tuvieron sus hermanos antes de que sus padres fueran secuestrados, de hecho cuando Claudia tenía veinte días de embarazo se inundó la casa y tuvieron que irse a vivir en un barrio de menor estrato. Por esa inundación perdieron todos los muebles. Pero ella compara su familia con la de sus compañeros de estudio y dice que la suya es una familia que no tiene plata pero que vive feliz. César no puede contener las lágrimas al oír a su hija hablar de esa manera. Otra de las niñas critica el proceso de paz, dice que la verdadera paz se hace con el ejemplo, en cada casa, como lo han hecho sus padres con ella y sus hermanos. “Mis papás han hecho una labor muy bonita con nosotros, que es parar la cadena de venganza. Obviamente da coraje todo lo que nos ha pasado. Cuando me enteré de lo de Lucho me dio rabia, pero lo acepté y me hice amiga del hijo de él. Además, una de sus hermanas trabaja acá en el restaurante y la quiero mucho”. César se quita las gafas para secarse las lágrimas que le salen, sin duda, por la emoción de ver que su ejercicio de perdón ha rendido frutos en su familia. Sorbe un poco de agua y toma aire para complementar lo que han dicho sus hijas: “Nosotros creemos que el reintegrado de verdad quiere un cambio en su vida y por eso permitimos que ellas compartan con la familia de Lucho”.

La Unidad de Víctimas reconoció a César y a Claudia como víctimas pero no a sus hijos. “Como si no se hubieran visto perjudicados para acceder a una buena educación por cuenta de lo que tuvimos que pagar por el secuestro”, dice César. Y Claudia agrega: “Y eso que nosotros mismos

tuvimos que buscar y organizar el expediente de la demanda por secuestro, dizque porque debíamos reunir pruebas de que sí estuvimos secuestrados. Al final nos dijeron que nos iban a dar veinte millones en un plazo de diez años. ¿Puede creer eso?”.

Pero así como ha habido cosas duras la vida también lo ha premiado. Dice César: “Yo no tenía cómo pagar la universidad de mis hijos mayores y ellos lograron cupos en la Universidad del Valle, a pesar de lo peleados que son esos cupos. Son muy buenos muchachos. ¿Ve que tengo razones para darle gracias a Dios? Yo he aprendido que las pruebas no son castigos, sino oportunidades para fortalecerse espiritualmente. Por eso oro, generalmente cuando estoy en la ducha, pido por todo el mundo, tanto que mi hija menor me dice que no gaste tanta agua... pido hasta por alias ‘Samuel’”.

Yo no le hice nada pero quizá la sociedad sí: Maurice Armitage, exsecuestrado

“Berracos, si me van a matar péguenme el tiro en el corazón, no en la cabeza para que mi entierro no sea tan horrible, al menos que no quede tan feo porque yo tengo dos hijas y pobrecitas ellas tener que verme así”. Así les habló Maurice Armitage a sus secuestradores al quinto día de secuestro, cuando ya era tan fuerte la presión del ejército y de la policía para lograr su liberación que los captores habían reconocido que fracasaron, a tal punto que aceptaron dejarlo tirado en el monte para que se pudiera escapar luego de que Maurice les ofreció cien millones de pesos a cada